

PONENCIA

El difícil retorno a Ítaca: para aprender a vivir

SORAYA BAYUELO CASTELLAR

Comunicadora Social - Periodista

Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21

Premio Nacional de Paz 2003

*Si vas a emprender viaje hacia Ítaca,
Pide que tu viaje sea largo,
...Rico en experiencias, en conocimiento...
A Lestrigones ni a Cíclopes, ni al fiero Poseidón
Hallarás nunca
si no los llevas dentro de tu alma,
si no es tu alma quien los pone ante ti.
(Konstantin Kavafis, Ítaca)*

Este poema de Kavafis guarda en su seno una potencia profundamente reveladora: volver al hogar, a ese lugar cálido, familiar, donde fuimos y nos hicimos, donde queremos morir, no es fácil por muchas razones, pero hay una en particular que hace ese retorno todavía más retador y visceral: debemos mirarnos primero nosotros mismos, nuestro camino, nuestra historia, nuestros fantasmas, nuestras ansiedades. Y aceptar ese rostro porque allí habita nuestra memoria y aprender a vivir con él.

Lo traemos a colación en esta ponencia porque resulta para nosotras claro que esa anhelada paz, ese lugar donde la utopía de justicia, verdad y paz tienen lugar, donde podemos volver a ser humanos y no solo sombras de dolor, y no solo "NN", y no solo entes frente a las pantallas donde corre la sangre y se ve a un niño huir del hambre. Hay que saber llegar con todo lo que hicimos y dejamos de hacer, con lo que dijimos y callamos, con lo que murió dentro de nosotros y con lo único que nos sobrevivió de esta guerra sin cuartel contra nosotros mismos: un poco de dignidad.

Es importante entonces dar pasos ciertos para entender cómo nos ocurrió lo que ocurrió y sigue ocurriendo en muchas geografías de nuestro extenso país, y en ese camino que mira adelante, pero que sabe dónde quedaron las huellas, debemos preguntarnos además por qué. Aferrarnos a la dignidad es al mismo tiempo motivar cada paso en la esperanza, en el compromiso ético con nosotros mismos como sociedad para que nada de lo que nos hizo tanto daño vuelva a ocurrir.

Y no debe ocurrir jamás porque para que la vida se abra paso es preciso garantizar que cada nuevo ser recupere la confianza en ese otro u otra que cuida y protege, que alimenta y escucha, que es capaz de respetarnos y de respetarse como persona. Para pensar en La Paz, entonces, es preciso volver a nacer. Volver a creer en que el camino a Ítaca nos acerca poco a poco al seno del hogar seguro, tranquilo, a su abrazo incondicional que perdona y enseña para que nada de lo que nos ocurrió vuelva a sustraernos violentamente de nuestro propio hogar, de nuestros territorios.

Humberto Maturana, ese gran pensador chileno que no deja de repetirnos que sólo somos una parte del mundo, en el año 2013, en una conferencia en su Universidad contó una historia sobre su vida como estudiante de Medicina y la comparó con una conversación reciente con sus estudiantes: “antes queríamos cambiar el mundo, hoy los chicos estudian profesiones para lograr acceder al mercado laboral”. El sueño irrealizado de sumar con otros para beneficiar al mundo se ha visto frustrado en casi todos los rincones del planeta y en su lugar, el advenimiento de unos seres funcionales, productivos, rentables y reemplazables tomó posesión. En Colombia, esos seres funcionales, que hoy se aglutinan en más de cuatro generaciones imbuidos en el frenesí de nuestra violencia, ya no sabemos cuál es el camino, tampoco queremos recordar cómo llegamos hasta este lugar. Solo hay que sobrevivir. Eso fue lo que nos enseñó la guerra, a sobrevivir. Y muchos de nuestros seres más amados dolorosamente no lo lograron.

Preguntemos hoy a los jóvenes qué quieren para sus vidas para ponernos en función de trabajar al servicio de los sueños, de la esperanza, de la ética humana. Ser campesinos, ser diplomáticos, ser arquitectos o ser ingenieros debería ser una impronta que rompa la lógica funcional y codificadora del ser humano que lo convirtió en un soldado, en un instrumento para la muerte y la codicia, para devolvernos a la condición humana, a ese primigenio momento de vida en el que dependimos del alimento, del cuidado y del amor, a ese preciso momento en el que confiamos ciegamente en el otro u otra. La supervivencia en esos momentos no era entonces una cuestión violenta, era una expresión de amor y confianza en el otro incondicional.

Nosotros los adultos, los sobrevivientes de la guerra, tenemos la obligación moral de recordar y de enseñarles a los jóvenes que nuestros territorios son escenarios para la vida. Que este es nuestro hogar y que allí debemos volver. Y eso implica repensarnos en un acto muy reflexivo y honesto sobre las razones por las cuales volver al odio o a la ambición desenfundada nos saca del camino, nos entierra en el dolor que se convierte en amargura y corta las alas para volar con libertad.

Nosotros como Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21, como organización de la sociedad civil, iniciamos una tarea parecida a lo que queríamos hacer, pero la guerra nos tomó por asalto. Los ruidos de las balas muchas veces no dan tregua para pensar, así que actuamos por instinto. Cuando nos callaban entonces cantábamos; si nos sometían a la lógica mediática de la guerra simbólica entonces creamos nuestro propio espacio comunicativo y abrimos el canal comunitario de televisión; si nadie contaba lo que ocurría a nuestras mujeres, cuando convirtieron nuestros cuerpos en objetivo para la barbarie, entonces curamos nuestros pies cansados de huir y empezamos a hablar, primero entre nosotras para perder el miedo, y luego cuando el miedo se convirtió en palabras nos volvimos mujeres resistentes, mujeres de liderazgos, mujeres capaces de cambiar el mundo. Nos convertimos en mujeres narradoras.

Y desde entonces seguimos una sola premisa: reconocer la dignidad en el otro y en la otra, entablar una relación de respeto profundo por cada voz, por cada historia. Y nos dispusimos a escuchar. Cuando la realidad nos decía que ya no tenía sentido insistir porque no había recursos para trabajar o porque la desconfianza se apoderó de la cotidianidad, entonces decidimos apretar el paso. Y caminamos los “Montes adentro de María” porque nadie podía arrebatarnos lo único en lo que creíamos, que es la palabra narrada. Y decidimos empezar a

escribir cuando ya nadie escuchaba. Escribíamos todo el tiempo, escribíamos historias de vida, escribíamos bitácoras de cada recorrido, escribíamos cartas pidiendo acompañamiento, escribimos sobre la vida campesina, sobre los juglares y sus motivos, sobre las luchas de resistencia, sobre el dolor de las mujeres, sobre la soledad de los jóvenes, sobre el hambre y el miedo y el dolor y la rabia. También escribíamos proyectos para sobrevivir y recientemente, escribimos nuestra propia historia en un ejercicio de sistematización del camino recorrido, en un viaje por la memoria, con los relatos y sentidos. Nos gustó lo que vimos. Muchos errores, muchas equivocaciones, miles de aprendizajes, grandes amigos y amigas. Tantas palabras como emociones.

Y no sólo escribimos sino cuando en la oscuridad de la noche profunda de la violencia, estallaron cuatro bombas, cuando el silencio acalló los relatos por el miedo, encendimos luces a través de las imágenes en movimiento, del cine club itinerante la Rosa Púrpura del Cairo. Y sin palabras esta vez, creamos la estrategia de movilización, la de recuperar el espacio público y la noche, nuestra noche, y le dijimos a los violentos este territorio y este espacio es nuestro.

Creemos que a nuestra historia como país le hacen falta palabras y le sobran juicios. Es que caminar sobre los pasos del dolor no es una tarea amable, pero sí dignificante. Y es preciso hacerla. Si nos concentramos cada vez más en pensar y en escribir y en contar la historia de lo que se perdió en la guerra tal vez recuperemos en algún momento esa idea primigenia en la que soñábamos con un mundo mejor porque confiábamos en los demás y porque creíamos en nosotros mismos. Pero no va a ser un camino de rosas.

Hoy, por ejemplo, las tierras no son nuestras, y nuestra gente se ha ido a buscar el pan lejos del miedo. Hoy el agua le pertenece al gran cultivador mientras el campesino a duras penas sobrevive el verano sin poder asegurar sus cosechas ni levantar un rancho para regresar con su familia. Pero hoy, a diferencia de ayer, el silencio no es una opción porque las víctimas hemos decidido hacernos dueños de nuestra palabra. Y ese es el gran legado que podemos dejar a todos los jóvenes.

Hay que volver a aprender a contar nuestras historias y nuestros sueños. Cada sobreviviente debe ejercer con libertad y autonomía plenas su derecho a decir cómo quiere habitar este territorio, debe llenarse nuevamente de la pasión necesaria para reconstruir lo derrumbado, incluso para rehacernos a nosotros mismos, para resistir y para “re-existir”. Lo que nos lleva a un elemento central para nuestro futuro colectivo y es la pedagogía. Aprender a hacer, a decir y a vivir significa que debemos desaprender las lógicas anquilosadas que nos ponían en el horizonte una única opción que es seguir viviendo en la pobreza, en la exclusión, en la inequidad y en la desigualdad. No podremos ser buenos seres humanos si no despertamos la creatividad dormida, hay que inventarnos el mundo de ser preciso para que nuestras manos reaprendan el oficio de hacer con otros y junta a otras.

En esta lógica de la competencia que se nos impuso a sangre y fuego, no había lugar para crear, mucho menos para crear con otros, precisamente porque la confianza se fracturó en mil pedazos que debemos encontrar y juntar nuevamente porque esa es nuestra memoria. Nosotros en los Montes de María nos hicimos en la lógica de solidaridad, del trabajo colectivo, y ese es el camino más seguro para que desde nuestras propias entrañas renazca la vida digna y se abra paso.

Habrá que desaprender la terrible impostura de la guerra en la que se mata o se muere, y debemos re aprender otras formas que se alimenten del respeto por el otro y que si bien el camino no es fácil es justamente ese recorrido desde nuestra memoria el que nos llevará a buen puerto porque ya sabemos por dónde NO debemos ir. La conciencia de ese paso interior que se hace cuerpo común en nuestras comunidades es la mayor garantía para que esas nuevas generaciones vuelvan a volar, libremente, creativamente, solidariamente. Para innovar, es decir, para lograr un resultado de manera diferente que solucione un desafío que nos afecta a todos, debemos tener claro que esta vez, el objetivo principal radica en alcanzar el bienestar de todos y todas.

Nosotras en el Colectivo de Comunicaciones hemos construido un camino diferente y muchas veces nos tropezamos y otras más también nos ca mos, pero no teníamos más alternativa que levantarnos y seguir. Tuvimos que desterrar de nuestra alma a los "cíclopes" que acechaban el camino y no nos detuvimos cuando esa gran sombra de la guerra se quiso interponer para desviar nuestra atención. Quisimos que la palabra retornara a su lugar de origen del que nunca deb  salir y eso hicimos. Muchas cicatrices quedaron y seguramente muchas nuevas se instalarán en el recorrido, pero a todas damos la bienvenida como aprendizajes y experiencias. De eso se trata todo esto, de aprender a vivir. Debemos todos y todas aprender a vivir, nuevamente.